

Relato tomado de **La saltadora. Relatos feministas 1991-2014**, de michelle renyé (Mujer Palabra, 2015)

Libro en formato ebook y pdf descargable en mujerpalabra.net – Libros – ebooks

Esta obra se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/)
[No se autoriza a ninguna entidad el cobro de ninguna cantidad por el disfrute de esta obra](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/)

00. Prólogo	09. Buscando trabajo
01. La saltadora	10. En el edificio torcido
02. Bella y la bestia	11. Llegar a la Puerta Azul
03. La historia del chico griego en la playa	12. Diario de una activista estresada
04. He hecho croquetas	13. Carta desde la zona de conflicto
05. Escribo en un cartón	14. Era amor
06. Gata	15. Dos sueños de cuando la saltadora cayó en un pozo
07. Dinero	16. De cuando la saltadora perdió las malditas partículas
08. El misterio de Chihuahua	17. Regenerando la identidad perdida (Ilustración)

10. En el edificio torcido

En el edificio torcido, atestado, donde las voces del mercado callejero crean músicas sobre las máquinas que martillean palabras, aprendí muchas cosas sobre el mundo y sus personas; sobre mí misma, también, mis cuevas, laberintos, ventanas y vuelos.

I

De día

Vron, con los ojos miel y la piel clara, escribe con verde de purpurina sobre la mesa vieja de la cocina, en un espacio que reina sobre las restantes plantas, digamos mejor: las sobrevuela. Tomamos té y cerveza, Vron y yo, mientras escribimos postales para personas encarceladas por Acción Directa Noviolenta.

—Me impresiona que puedas ver esas cosas estando aquí —tiene apoyado el poema frente a ella.

LA LOBA

En el bosque de castaños crepita la fauna más hermosa.
Bajo la luz verde y ámbar del otoño observa la loba
con la mirada abierta del almendro y de la roca, con la visión del gamo
que salta desde la brasa de un helecho a otra brasa porque comprende.

Clavó el vuelo en su lomo el halcón y la piraña.
Ahora arraigan los sapos en sus pezuñas, arraiga el cierzo, la nieve abrasa.
Asuma entre los pelos, llama caléndula ya primavera,
el ojo de lava del guepardo, del jabalí enamorado y ronco.

Respiran hondo los troncos por sus branquias y la hojarasca
es un manto de conchas y caracolas, de mariposas, anémonas, larvas.
En el bosque hermoso crepitan los pasos de la fiera.
La loba baila: vuela la ortiga, y habita el amor en la espesura.

Es cierto, puedo verlo: el aire húmedo, la tierra sofocantemente fértil con animales de concha en movimiento: caracolas, escarabajos, como piedras grandes y media-



nas, de colores vivos, formas geométricas, dando asombro y ternura, y con sus bichos alienígenas dentro, dando miedo y pavor. Los huelo, ese olor a mar fermentando en la selva... Escucho a los pájaros tropicales entre la vegetación voraz y también entre la vegetación más leve.

Desde la cocina se oye mejor a los vendedores del mercadillo ofreciendo manzanas Cox, pequeñas, duras, dulces y ácidas. A la cocina llegas por la estrecha escalera, torcida como los planos oblongos de los castillos y las relaciones que no salen bien, y en la cocina se puede fumar.

Sube Chris, ligero como la bruma del norte, con su pelo de cobre anunciándole como un faro, sus modos suaves de sueños en el Lago Ness. Pequeño y pacífico, no podría unirse a los pictos para guerrear. Podría, eso sí, contarles una historia a la luz del fuego, la historia de cómo nació alguna palabra. Mientras elige la tarrina de humus y un utensilio, con dos dedos precisos y no con toda la mano, Vron y yo (palmatos de alas que se baten) recogemos.

Tiembla el suelo torcido, con el peso y la furia de Howard, que ha estado lidiando con el mundo y sus innumerables asuntos mal resueltos. «*I'm Dissatisfied!!!*», rugen, oscuro, desde un jersey de lana que desmiente el peligro, y el contraste entre la palabra medida y el torrente de emoción que manifiesta me provoca una carcajada: un abrazo de bienvenida a la cocina, pues

ya es la hora de comer, ya hemos llegado todos, y las zanahorias, naranjas, brillan en la mesa, y si te fijas, ves filtrarse los rayos del sol de invierno, intensamente alegres.

De noche

Me gusta mirar las manos de Jim. Son preciosas. Tienen la belleza de las formas equilibradas. Se lo he dicho: pareces un noble antiguo del norte; no un druida, sino un noble, una persona más sólida. Me mira brevemente y me ignora. No quiere que hable de sus manos. Ocurrió algo alguna vez. Es violinista, y sin embargo, aquí, con esas preciosas manos musicales, ha pegado en las paredes del aseo del suelo cóncavo instrucciones para que aprendamos a hacer figuras en papel, o bien será para que siempre nos riamos al entrar allí. Estamos preparando el boletín para su envío. A veces se detiene, saca algo de su bolsa para enseñármelo. No recuerdo las historias porque siempre me distraigo al mirarle las manos. Aunque recuerdo una, verdadera. Una vez al año Jim va a Hacienda a entregar el porcentaje del impuesto sobre la renta de lo que gana tocando el violín en la calle. Jim es anarquista, de esa tradición anarquista que todo el mundo insiste en ignorar porque en un mundo que se construye desde la violencia los ideales son un crimen.

Mi tiempo a solas

Ahora estoy en otro espacio que me acoge, con naturalidad, sin estridencias. (Qué tiene Londres, con tantos espacios que me acogen, que me dejan en paz, moverme libre.) En la casa de Myrtle, duermo en la fea moqueta del salón, junto a un ventanal claro desde el que contemplo los árboles desnudos, que resquebrajan el aire blanquecino y húmedo como porcelana. Me gusta mucho mirar desde aquí.

Myrtle, de vieja, en un lugar gandhiano de India, asiste a una reunión de activistas de todos los continentes. Llena su termo con whisky y sonrío; sabe que todo el mundo pensará que es té. Incluso fuma, no se sabe dónde. Su coraje y su lucidez fueron siempre mucho más allá: moría de cáncer pero estaba allí, moderando las reuniones con un humor áspero y salvaje. Myrtle, que luchó contra el nazismo, pacifista imperfecta a la que nunca conocí y a la que siempre echaré de menos.

En su casa, ahora heredada por la red, leo a Virginia Woolf y he empezado a escribir: he encontrado una cueva dentro de mí, me meto en ella cuando estoy aquí sola, y he empezado a tener sueños que parecen querer llevarme a algún lugar.

II

Los sueños

Un sueño se me ha producido despierta y ha adoptado la forma de un poema que titulo «Las cavernas». En él se oye la voz de una mujer que me desprecia, que me habla con mucho odio. (Me llama princesa.) Me ha sobresaltado y horrorizado. Me levanto y preparo un café, para usar mi vaso favorito, un vaso de porcelana, con hojas blancas abstractas sobre fondo gris, que le regaló Devi a Myrtle en India. Devi escribía libros y hacía porcelanas así de preciosas, rudas y bellas.

Casi no puedo leer el poema, por los gritos de esa mujer. Qué mierda es ésta. Cómo puede haber salido de mí. Bebo café y miro hacia los árboles. Recuerdo la increíble destreza de Sylvia Plath al inicio de *Winter Trees: The wet dawn inks are doing their blue dissolve. / On their blotter of fog the trees / Seem a botanical drawing*, pero no es aquí donde tengo que buscar ahora. Tengo mucho que pensar. Algo está pasando y seguir adelante como si no ocurriera nada lo siento de pronto como cegar un hueco, morir en parte. Salgo a dar un paseo.

De vuelta, tendida sobre el saco, me quedo dormida.

El suelo es de arena dura, no levanta polvo. La calle es muy ancha y hay edificios anónimos en los flancos. Faltan diez minutos para que salga el autobús, para poder abandonar definitivamente este lugar. Pero antes tengo que ir a casa a recoger mi bolsa.

Llego al edificio. Es antiguo, muy grueso, de líneas suaves como hechas a mano alzada, tiene color. Entro y conmigo, el chorro de luz de la antesala. Tengo el cuerpo frío de miedo. Subo la madera muy oscura y crujiente apresurándome.

Mi cuarto tiene luz, es cotidiano. Miro alrededor y me siento en la cama; compruebo que todo está calmo, desnudo. Miro mi vestido, el que me regaló mi madre para fiestas; en mí, ha sido vagabundo... Incluso lo arrastré por el barro para entrar en las bases, porque —de pronto soy consciente—

lucho con la fiereza de alegría, allí donde me pongas, por un mundo mejor.

Mi cuerpo no puede conformarse a un vestido de fiesta, pero quería retenerla de algún modo, llevarla conmigo siempre...

Miro más abajo, llevo botas de agua británicas. Con esfuerzo aunque veloz, me saco una. No puedo creerlo: cómo, cómo ha podido desarrollarse todo esto dentro de la bota sin que yo notara nada. Mi pierna es una selva de horrores: yagas, profundas, en carne rosa expuesta, supurando amarillos blanquecinos manchados

de sangre; verrugas, gigantes como miradas por el microscopio; mohos verdosos y azulados, fermentaciones, y hay

un gran agujero de carne negra carcomida que deja ver parte del hueso de la pierna. Y ahora:

de este boquete repugnante sale un tallo esmeralda fuerte y firme, con una flor blanca, grande y carnosa, de una belleza y una solidez que borra el resto, los restos. Verla da vida.

Voy a perder el autobús. Quizá con mi navaja pueda recortar estos volúmenes para ponerme la bota y salir corriendo. Visualizo lo que quedaría de mi pierna, abandono la idea. Es así de fácil: me pongo la bota, echo la bolsa al hombro, voy a buscar mi autobús.

Mientras bajo, al pie de la escalera, me amagan las sombras: ante mí, aparece el fantasma de mi madre. No me ve, pero mira hacia mí, le hablo y mira a través de mí, en silencio, finalmente, sigue mirando al frente aunque yo ya no estoy allí. Si pudiera llorar, moriría llorando, moriría llorando por ti. Sé que no es real; la esquivo y salgo al día. Dejo atrás mi bosque nocturno insospechado, ajeno.

Corre cien pasos, a la izquierda está el autobús, con tu hermano y Juan el vagabundo, que te esperan, el mundo para vuestros pasos. Está la vida real, corre. Pero me detengo: un hombre me invita con un gesto a sentarme con él en una mesa de terraza. No sé por qué lleva una máscara; el caso es que parece muy amable y eso me genera vinculación. Lleva un perro bien atado. Esto es un contraste, una confirmación de la rigidez de la máscara (de hecho, no he podido doblarme como un junco para acariciar al perro). Sigo al hombre y nos sentamos, frente a frente. Pero echo terriblemente de menos no haber podido acariciar al perro, así que me asomo por debajo de la mesa. En ese instante mi interior

desborda tristeza hacia dentro que lo llena todo porque sé que el bus se irá sin mí. Las fauces del magnífico pastor alemán me están devorando la cara. En el tiempo que transcurre, lloro intensa y silenciosamente por el perro, y por lo que el hombre le ha hecho al perro. Y en los ojos del animal, cálidos y expresivos, encontramos un mundo diferente, pura inocencia: el perro corre, pleno, como una yegua libre por un riachuelo. El agua que salpica se ve blanca bajo el sol, y está fresca. Huele a piedras calientes al sol, a piedras mojadas, huele a agua de río, a pino y maderas que lo llenan todo.

Me enternece su lengua rosa y dan alegría sus ojos brillantes. En la estampa prevalece un hecho significativo: todos sus músculos están en tensión, la tensión de la vida en movimiento, de ahí la fuerza indescriptible de la imagen.

Despierto. Los músculos existen cuando hay movimiento, movimiento propio,

quizá sea eso, sin autobús,
quizá sea eso, yo voy andando.